

# PRINCIPIOS DE UNA PSICOTERAPIA DE LA PSICOSIS

---

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ



COLECCIÓN + OTRA

Xoroi  Edicions



Colección + Otra  
Dirigida por José María Álvarez,  
Juan de la Peña y Kepa Matilla



**PRINCIPIOS DE UNA  
PSICOTERAPIA DE LA PSICOSIS**

**JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ**

**Prólogo de Juan de la Peña**

**Epílogo de Chus Gómez**



**Colección + Otra**

# Créditos

Colección + Otra

Dirigida por José María Álvarez, Juan de la Peña y  
Kepa Matilla

Título original:

*Principios de una psicoterapia de la psicosis*

© José María Álvarez, 2020

© Del Prólogo: Juan de la Peña, 2020

© Del Epílogo: Chus Gómez, 2020

© De esta edición: Pensódromo SL, 2020

Diseño de cubierta: Lalo Quintana

Esta obra se publica bajo el sello de Xoroi Edicions.

Editor: Henry Odell

e-mail: p21@pensodromo.com

ISBN print: 978-84-121166-6-3

Depósito legal: B 1972-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Dedicado a mis amigos y compañeros del Servicio de Psiquiatría y Psicología clínica del Hospital Universitario Río Hortega de Valladolid. Y de todos ellos, con especial cariño y admiración, al Dr. Kepa Matilla.



# Índice

Prólogo – La posibilidad de una relación .....	15
Palabras previas .....	23

## Primera parte

### Exordio

<b>Psicoterapia: las palabras y la transferencia.....</b>	<b>33</b>
<b>Psicoterapia y locura .....</b>	<b>39</b>
<i>Punto de partida</i> .....	40
<i>Situación actual y posibles mejoras</i> .....	48

## Segunda parte

### Diez principios de psicoterapia de la psicosis

<b>1. La psicosis es una defensa .....</b>	<b>57</b>
<b>2. La psicosis comprende un amplio y .....</b>	<b>63</b>
<b>variado conjunto de experiencias.....</b>	<b>63</b>

<b>3. Necesidad de la psicopatología para la psicoterapia, y viceversa.....</b>	<b>67</b>
<b>4. Transferencia y soledad.....</b>	<b>77</b>
<b>5. Soledad y locura.....</b>	<b>91</b>
<b>6. La transferencia neurótica y la psicótica son diferentes, pero no son lo contrario.....</b>	<b>99</b>
<b>7. El poder de la transferencia.....</b>	<b>107</b>
<b>8. Transferencias psicóticas.....</b>	<b>129</b>
<b>9. No interpretar al loco.....</b>	<b>145</b>
<b>10. Mejor no perturbar la defensa.....</b>	<b>169</b>

### Tercera parte Conclusiones

<b>Sirve igual para un roto que para un descosido .....</b>	<b>185</b>
<i>Equilibrios y desequilibrios</i> _____	187
<i>Transferencias</i> _____	189
<i>Posiciones habituales que el loco asigna al terapeuta</i> _____	191
<i>Posiciones en las que el terapeuta puede tratar de situarse</i> _____	193
<i>Buen uso del delirio</i> _____	195
<i>Presencia, actitudes y trato</i> _____	197
<i>Tener curiosidad, mostrarse en falta, consentir al sinsentido y al exceso de sentido, prescindir del sentido común y dejarse usar</i> _____	200
<i>Historia de un sujeto y mirada al futuro</i> _____	208
<i>Homenaje a Freud</i> _____	212

Epílogo.....	217
Obras citadas .....	221
Índice de nombres .....	229
Índice de materias.....	233
Índice de viñetas clínicas.....	239
Sobre el autor .....	241



«Cuesta más interpretar las interpretaciones que interpretar las cosas, y hay más libros sobre libros que sobre otro tema: no hacemos más que entreglosarnos. Todo está lleno de comentarios; de autores, hay una gran carencia».

Michel de Montaigne,  
*Ensayos*

«La reserva necesaria para contener la pluma no es una virtud menor que la habilidad y el cuidado de escribir bien; y no hay más mérito en explicar lo que uno sabe que en callar bien lo que se ignora».

Abate Dinouart,  
*Arte de callar*

«El manejo de la transferencia supuso todo un trabajo de rectificación dado que las errancias eran inevitables; nada de lo aprendido me servía ahora de guía y tenía que inventarme el manejo a cada paso [...]».

Chus Gómez,  
«Del *hablacción* a la *ablación*»

«Algún día espero poder ayudarte a ver este mundo de otra forma que como un infierno».

Hanna Green,  
*Nunca te prometí un jardín de rosas*



## Prólogo

### La posibilidad de una relación

La locura es una defensa que, en ocasiones, conduce al retiro e impone una distancia. A veces la defensa es tan radical que la distancia se convierte en abismo. Un abismo defensivo, pero también un abismo de soledad y exilio. Cuando esto ocurre, cuando la locura nos arrastra hacia los sumideros de la vida, entonces es posible que sólo una mano tendida que agarre bien fuerte y tire en dirección contraria pueda conducir la locura hacia un lugar más habitable, quizá hacia un encuentro o un lugar en el que la soledad pueda ser compartida. El encuentro, el buen encuentro, tiene mucho de bálsamo. Aunque parezca una exageración, a veces el encuentro es la única sustancia a la que la locura puede agarrarse cuando los fantasmas que la oprimen amenazan con dejarla tirada en la cuneta, desamparada, humillada, indigna, condenada, perseguida, rota, mancillada.

No se trata de una ocurrencia mía. Es algo que la locura nos enseña a diario, siempre y cuando uno esté preparado y dispuesto a seguir recibiendo lecciones. No obstante, en parte, también es algo que el autor

de este libro me ha ido transmitiendo a lo largo de los años. Son cosas que le he escuchado decir a José María Álvarez en multitud de oportunidades, desde que realicé parte de mi formación como psiquiatra entre los muros del antiguo Villacián. Por eso tengo la impresión de que *Principios de una psicoterapia de la psicosis* es una síntesis de todas las conversaciones que vengo manteniendo con él y su obra desde hace más de tres lustros. Una síntesis elegantemente desarrollada donde la posibilidad de establecer una relación adecuada con la locura emerge como la fuerza motriz fundamental para el buen progreso de su terapia.

Los encuentros, los buenos encuentros, siempre tienen algo de imprevisto. Ni avisan ni están programados. No se anuncian en ningún letrero. No tienen fecha ni un espacio fijado. Sin embargo, cuando se dan, se hacen notar y tienen efectos. Son aquellos a los que uno siempre quiere volver después de haberlos probado; donde la soledad se alivia y las palabras no se pierden en el espacio infinito; aquellos que consiguen fijar, dando cuerpo y abrigo, lo que antes flotaba en el vacío. Los buenos encuentros son aquellos en los que las palabras son escuchadas, pero también los silencios, sin sollozos ni objeciones, sin pedir nada a cambio. Para la locura, lo esencial de esos encuentros es que sirven como remedio frente a la soledad más devastadora que impone la certeza, el mutismo y el infatigable parloteo del lenguaje interior que nos empuja a perdernos en nosotros mismos. Lo esencial de esos encuentros no ha de buscarse en el dicho, sino en el hecho de que algo pueda ser escuchado. En el hecho de que la locura llegue a sentir que ahí puede estar, expresarse, incluirse, participar, incluso mantenerse callada. Que

puede venir, saludar y marcharse. Que puede estar segura de que, más adelante, cuando sea preciso, allí estaremos, allí volveremos a encontrarnos. En definitiva, lo esencial de esos encuentros reside en la oportunidad que la locura tiene de hallar en ellos la posibilidad de una relación, y nosotros de facilitársela. Aunque ésta no sea el fin de ningún tratamiento, al menos es el fundamento en el que ha de afirmarse toda aspiración terapéutica.

Permítanme que insista, el tema bien lo merece. Que la locura busque y encuentre un alivio a través de la relación no es algo banal, ni mucho menos. A veces lo es todo. A veces ese pequeño paso supone un gran avance, una primera conquista. En ocasiones, incluso, un modesto éxito. No es ninguna exageración. Es algo que ocurre con relativa frecuencia. No sólo en los consultorios. También fuera de ellos. En la amistad y en el amor. En la pluralidad de los grupos y en la intimidad de la pareja. En el anonimato de las masas y en la fascinación por ciertos mitos. Cuántas veces habremos sido testigos de la paz y el equilibrio que la locura encuentra en todas esas posibilidades de relación tan diversas. Que la locura descubra que puede tener un lugar en el Otro —un Otro que acoge su certeza sin cuestionarla, un Otro que le agarra cuando más abajo pretende tirarse, un Otro que está disponible, aunque no la entienda— a que la locura llegue a descubrir eso no es algo banal, ni mucho menos. Eso tiene una trascendencia descomunal, pues no sólo reconforta y supone un alivio, sino que a veces encierra el germen de una pequeña sociedad donde lo que antes estaba en desorden puede empezar a encontrar un mejor acomodo más allá de uno mismo, más allá de la soledad, en un trabajo compartido, entre tú y yo, entre nosotros, entre todos nosotros. Quien

no entienda que ese pequeño paso para la locura ya supone un éxito, mejor que abandone el barco antes de zarpar. Porque la soledad sólo se trata en compañía, aunque ésta sea muda, hable otro idioma o no tenga nada que decir.

¡Qué valor tiene todo esto! Piensen en la práctica clínica. Escuchen bien lo que les voy a decir. José María Álvarez lo suele repetir con cierta insistencia: lo prioritario para el tratamiento de la psicosis es saber establecer una buena relación con ella. Después ya vendrán las palabras y las intervenciones. Después ya vendrán los inventos. Pero lo primero es saber ocupar el lugar que la locura nos da en la relación que establece con nosotros. Eso es primordial. Después ya llegará el momento de lo que se dice y se calla, de lo que se rescata y se desecha, de lo que hay que limitar y también de lo que conviene fomentar. Pero siempre sin perder de vista esa posición y ese lugar que la locura nos ha asignado para su tratamiento.

Cuando lo parco abunda, saber hacer con poco es mejor que no hacer nada. Los que trabajamos en las instituciones sabemos que buena parte de nuestra práctica cotidiana con la locura se desarrolla en circunstancias muy difíciles, con sujetos que vienen de mala gana, incluso forzados; con sujetos que no dicen nada, porque ya está todo dicho; con sujetos que no desean nada, que no aceptan nada y que no están dispuestos a nada. Pues bien, en ocasiones con ellos es posible abrir un pequeño resquicio que permita que esa nada no lo abarque todo. Hay pacientes que no están dispuestos a nada, salvo a venir a consulta para vernos. Lograr ese poco es nuestro primer cometido. Ese poco, entre tanta nada, es una auténtica joya que hay que cuidar y sostener algún tiempo, en ocasiones durante toda una vida. ¿Que por qué? Pues porque

a esa menudencia, aunque no lo parezca, algunos se agarran con todas sus fuerzas para no caerse de nuevo. Porque en ese encuentro, por ridículo y absurdo que parezca, con frecuencia se fragua una relación privilegiada que más adelante, cuando las cartas vengan mal dadas a lo largo del tratamiento, nos servirá para mucho más de lo que uno puede imaginar.

En el trato con la locura conviene aceptar esos mínimos sin rebasar los límites que generalmente los rodean. Cuando la locura nos muestra poco es señal de que sus defensas tienen mucho que guardar. Eso supone aceptar que en ocasiones la locura nos concede un lugar marginal, aunque no irrelevante; implica que la locura a veces no tiene nada de genial y demasiado de miseria; que en ocasiones prefiere un saludo sin palabras o un estribillo monótono y repetitivo, que un encuentro formal y elaborado en el que se le inquiete demasiado; conviene aceptarlo y no dejarse llevar por la desidia o la imprudencia de querer ir más allá de lo que se nos autoriza.

Detengámonos un momento a pensar en todos esos pacientes que viene a consulta para no decir nada, o casi nada. Pero vienen y la cosa funciona. Me atrevo a decir que funciona mientras respetemos sus condiciones y los límites detrás de los que se parapetan. Funciona mientras nos conformemos con los pequeños pedacitos que nos quieren mostrar, sin decir mucho, o casi nada; sin insistir con demasiadas preguntas ni aclaraciones; sin perturbar su silencio ni la distancia que imponen. Sabemos que funciona porque hemos comprobado las consecuencias que tiene no hacerlo. Muchos hemos sido testigos de que, en algunas ocasiones, después haber rebasado la raya que ellos establecen, las cosas comienzan a cambiar de signo. Y lo que antes parecía marchar, aunque

fuera a paso lento, ahora comienzan a manifestar un sinfín de problemas, desde el portazo y el «ahí te dejo», hasta el «no me persiga usted más» o el denso *eros* del «usted dio el primer paso». Al fin y al cabo, de lo que se trata es de entender que en el tratamiento de la locura es más importante saber trabajar con los escombros para armar un edificio modesto, que pretender levantar grandes andamios soñando con los palacios y rascacielos a los que el ideal y la teoría nos propulsan. Aceptar que no todos los pacientes nos regalarán la genialidad de Schreber o el virtuosismo de Joyce es mucho más terapéutico que empeñarse en hacer de cada caso un caso ejemplar y grandioso.

Llegar a comprender todo esto no ha sido inmediato. Las cosas más elementales llevan su tiempo y requieren una gran dosis de esfuerzo. En mi caso, ese proceso se ha visto favorecido por la inestimable enseñanza de José María Álvarez, a quien algunos consideramos algo más que un maestro. Durante años él nos ha iluminado el oscuro camino que discurre por ese vasto territorio al que llamamos locura. Y lo sigue haciendo. Echando mano a sus tres famosas lámparas del saber (la de la historia, la psicopatología y el psicoanálisis) José María nos ha enseñado que no conviene subirse a las alturas cuando el terreno todavía no está bien asentado. Que lo sencillo y más accesible siempre son la mejor puerta de acceso al conocimiento. Que los libros encierran grandes magisterios y, sin embargo, de ciertas experiencias ningún libro nos podrá aleccionar. Como él bien dice, una de esas experiencias es la que supone el encuentro «cuerpo a cuerpo» con la clínica de la locura. Un «cuerpo a cuerpo» descarnado, perturbador y descocado. Un encuentro imprevisible

que nos asoma a lo más penoso del ser humano, pero también a sus prodigios.

Sin embargo, tengo la impresión de que *Principios de una psicoterapia de la psicosis* es una pequeña excepción a esa regla sobre la imposibilidad de los libros para instruir sobre ciertas experiencias que el propio autor suele entonar, y a la que antes hacía referencia. Porque, sin lugar a dudas, el libro que tenemos entre manos constituye una suerte de muletilla para saltar a la arena del encuentro con la locura con un poco más de aplomo y firmeza, pero sin abandonar nunca la humildad y las nociones más esenciales. En él el autor ha recogido todos aquellos principios que considera fundamentales para el tratamiento de la locura, haciéndolos girar de manera lúcida y cabal en torno al particular fenómeno de la relación de transferencia en la psicosis. Pues la locura a veces nos permite establecer con ella una relación. Una relación que no se formula en los términos de una terapia y, sin embargo, el tratamiento en ella acontece de manera espontánea. Ahora bien, como José María señala en el libro, este tratamiento sólo se conducirá en la dirección adecuada si uno ha sabido ocupar el lugar más conveniente en la relación, lo que requiere haber asumido que uno está ahí para ser usado por la locura en su singular búsqueda del mejor equilibrio.

En definitiva, *Principios de una psicoterapia de la psicosis* es una magnífica obra sobre el buen uso de la transferencia en el tratamiento de la locura. Escrita con un estilo sencillo pero elegante, directo pero riguroso, sus contenidos serán acogidos por los lectores como agua de mayo, tanto por los más jóvenes como por los experimentados. En ella encontrarán un sinfín de tesoros en forma de indicaciones, advertencias y recomendaciones clínicas que harán las delicias de

cualquier clínico. Finalmente, no nos queda más que felicitar y agradecer a mi querido colega y amigo José María Álvarez el brillante y generoso trabajo que ha realizado para conseguir transmitir una enseñanza tan hermosa y reveladora, como la que a continuación descubrirán.

Juan de la Peña,  
Madrid, enero de 2020

## Palabras previas

No hace falta visitar un manicomio en Alepo para darse cuenta de que la locura es una defensa. Sí, una defensa necesaria para sobrevivir cuando alguien se ve sobrepasado por experiencias inhumanas. Posiblemente la locura se convierta ahí en uno de los últimos y más desesperados agarraderos, en el postrero y deshilachado cabo que le mantiene, de alguna manera, en un exánime contacto con los otros. La locura es humana, demasiado humana, pero los humanos no estamos preparados para sobrevivir a cualquier circunstancia ni situación. Y menos aún aquellos que, por distintas razones, se quedaron a medio hacer y subsisten a la intemperie, más expuestos y vulnerables.

Como en otros lugares del mundo, en Alepo la locura estalla en un instante y a ella se agarran algunos sujetos frágiles, de los que llevan demasiado tiempo soportando lo insoportable y de pronto rebosan. A partir de ahí ya no hay vuelta atrás. Una configuración psíquica quebradiza propulsa de pronto al sujeto a otra dimensión, la de la locura. Eso sucede cuando el parapeto del lenguaje blande a esa persona ya no es

capaz de representar o poner palabras a sus vivencias traumáticas. Basta un instante para que una madre enloquezca cuando su bebé, al que tenía en brazos, se desangre reventado por la metralla de una bomba que acaba de explotar. Basta un instante para que un joven se trastorne cuando ve volar por los aires a los miembros de su familia, con los que estaba comiendo. Estas y otras escenas nos acercan con crudeza a la realidad del infierno, una realidad presente y cotidiana, más cercana de lo que queremos creer.

Mucho más, porque no hace falta visitar un manicomio en Alepo para contemplar otros infiernos menores, sin bombas ni tanques, sin el olor de la reconcomida desesperación. Y en estos otros avernos silenciosos y próximos, también hay personas que se rompen después de haber aguantado las embestidas de la vida. Aquí, en este primer mundo sigiloso, seguro, lleno de comodidades, con hogares calientes, despensas llenas y familias más o menos estables, hay personas que tienen dentro de sí su pequeño infierno y un buen día comienzan a crepitar hasta que saltan, como las castañas sobre una plancha ardiendo. Después de esa experiencia entran en otra dimensión vital en la que las relaciones consigo mismo y con los otros se transforman, como también se transfiguran las relaciones con el lenguaje y con el cuerpo. A partir de ahí la locura se ha adueñado de esa persona. O mejor dicho: esa persona se ha agarrado a la locura como último recurso.



Esta obra parte de la consideración de la locura como una defensa y deriva en que el trato con el psicótico y el tratamiento de la psicosis dependen directamente de

esa visión. Más de tres décadas después de dedicarme profesionalmente a atender a este tipo de personas, me propuse evidenciar el poderío preeminente de la transferencia en la psicoterapia de la psicosis. Si tuviera que sintetizar esas tres décadas, lo primero que destacaría es que el fármaco más potente para la locura es la transferencia, es decir, la relación entre el paciente y el terapeuta. Tal es la hipótesis de la que partí y me propuse argumentar.

Cuando revisé la literatura especializada tocante a esta cuestión, a esta primera conjetura, surgida de mi trabajo diario, sumé otra proveniente del estudio de la literatura especializada. Me llamó la atención que los psicoanalistas y psicoterapeutas que se habían dedicado al tratamiento de este tipo de pacientes, informaban de buenos resultados pese a orientarse con teorías y desarrollar prácticas bastante heterogéneas. Al entrar en detalles de qué y cómo hacían con sus pacientes, consideré que la relación transferencial era mucho más resolutive que las técnicas empleadas, la mayoría basadas en interpretaciones a bocajarro y otras un poco más prudentes. Como se ve, estos dos supuestos, el clínico y el bibliográfico, confluyen nuevamente y ensalzan el poder de la transferencia.

Muchos discípulos de Freud, siguiendo sus recomendaciones, consideraron que la transferencia no podía darse con este tipo de pacientes. Por fortuna, algunos desoyeron sus comentarios y se aventuraron a sentarse y hablar con los psicóticos, con vistas a procurarles ayuda en una época en la que el resto de tratamientos eran francamente inútiles. Ahora bien, es cierto que la relación con el loco es diferente de la que establecemos con un sujeto corriente, es decir, un neurótico. Pero eso no quiere decir que el loco sea incapaz de establecer una relación. Al contrario, cuando se tiene un poco de experiencia con estas

personas, uno sabe que el espesor que adquiere la transferencia es rocoso, como lamentablemente prueba la transferencia delirante.

En cierta medida, la sugerencia de Freud contraria a la transferencia en la locura se apoyaba en el grado superlativo de encierro autístico y de narcisismo exorbitante de este tipo de sujetos. Desde esa realidad exclusiva y alejada de los otros, estas personas no desarrollan el mismo tipo de relación con su terapeuta que la desplegada por un sujeto normal. En éste, el amor, el deseo y la atribución de un saber al clínico constituyen la base necesaria para poner en marcha un análisis.

Surge en este punto la pregunta sobre qué motiva al loco a visitarnos y hablar con nosotros. La respuesta que doy en este libro se basa en mi experiencia clínica. La llamo la soledad por excelencia. Creo que si un loco viene a vernos y se sienta a hablar es por la soledad esencial que lo aplasta. Ahora bien, alguien puede contradecir este parecer y argumentar que si está tan solo, ¿cómo es capaz de relacionarse con nosotros? Toda la cuestión de la transferencia en la psicosis deriva de esta pregunta. A mi manera de ver, la soledad por excelencia del loco es un refugio buscado y a la vez una cárcel insufrible. El loco está limitado para la relaciones, sin duda. El milagro que el terapeuta obra ahí es conseguir que ese ser solitario agarre su mano y establezca un contacto, a veces el único que tiene en la vida. Si eso se logra, podremos intervenir en ese exceso abrasador y adictivo que es la locura, sobre todo limitándolo.



Sobre la psicosis se publican hoy día muchos artículos y algunas monografías. En ellos, la tendencia general consiste en comentar, glosar y ordenar lo que las autoridades del saber proponen. Entre tanta publicación, me hubiera gustado encontrar un breviario o un manual que explicara cómo tratar con los locos y de qué forma dirigir sus tratamientos. Salvo contadas excepciones, lo que encontré al respecto me pareció, en el mejor de los casos, repetitivo, anecdótico, deshilachado y torpe; en el peor, rancio e hilvanado con teorías obsoletas que daban pie a intervenciones clínicas sobrecogedoras. Con respecto a la psicoterapia de la locura hubiera preferido, la verdad, menos teorías de la psicosis y más claves prácticas para aplicarlas en el trabajo diario. Por eso en esta obra he elegido como referencias casi exclusivas a los clínicos que han tratado con locos y tratado la locura en el marco institucional, es decir, los que han convivido de continuo con la patología mental grave. Además, también en esta ocasión me separo algunos palmos de esos maravillosos ensayos profesoriales y eruditos —al estilo de David Pujante y su incomparable *Eros y Tánatos en la cultura occidental*— y me acerco a otros un poquito menos sometidos al rigor de las fuentes, quizás por ello más creativos, como *La orgía perpetua* de Mario Vargas Llosa.

La idea de escribir un libro de este tipo surgió a consecuencia de la asunción de nuevos cometidos en el trabajo hospitalario. A ello se añaden las continuas peticiones de residentes y de compañeros, ávidos de algunos principios con que orientarse en el quehacer diario en las trincheras de la locura. Sus preguntas suelen ser sencillas y prácticas, acordes a las preocupaciones que les asaltan cotidianamente. Sin embargo, se escribe muy poco sobre eso. Es

llamativa la sobreabundancia de textos sobre teoría de la psicosis y la parvedad de los que se centran en cómo hablar con los locos, qué decir y qué callar, cómo realizar una psicoterapia con estos pacientes, tan trastornados que no se sabe muy bien cómo entrarles y conversar con ellos. Al final, como me ha sucedido en otras ocasiones, me senté y escribí este libro, otro más de los que me hubiera gustado leer cuando comencé mi carrera profesional. Espero que mi esfuerzo le sirva a alguien para algo.

La obra consta de tres partes: exordio, principios y conclusión. La he escrito con toda la sencillez de la que soy capaz. He evitado en lo posible prodigarme en disquisiciones teóricas. Sobre eso ya publiqué bastante y ahora no me llama la atención. *Principios de una psicoterapia de la psicosis* es una obra práctica en la que abundan las viñetas clínicas, tanto propias como de otros autores. Como el título indica, no se trata de los principios de la psicoterapia de la psicosis, sino de una psicoterapia. De una psicoterapia entre muchas, aunque dudo mucho de que sea la más coherente y eficaz de todas. Lo que sí puedo asegurar es que esta psicoterapia se basa en una amplia experiencia con pacientes gravemente perturbados.

*Principios de una psicoterapia de la psicosis* se abre con una introducción que da cuenta de qué es la psicoterapia de la psicosis y expone su aplicación en el contexto de nuestro trabajo hospitalario. En la segunda parte, le siguen diez capítulos que desarrollan sendos principios, los que me sirven hoy de guía: la locura como defensa; su variada expresión clínica; la necesidad de la psicopatología para la psicoterapia, y viceversa; la relación de la transferencia y la soledad, y de ésta y la locura; las diferencias entre la transferencia neurótica y la psicótica; el

poderío de la transferencia; las características de las relaciones transferenciales con arreglo a los distintos polos de la psicosis; la sugerencia de no interpretar al loco; y, por último, cerrando el círculo, la recomendación de no perturbar la defensa, menos aún con esas interpretaciones que pretenden sacar a la luz las entretelas de la historia de un sujeto que apostó por rechazarlas como si jamás hubieran existido. Todos estos aspectos se extractan en las conclusiones, tituladas «Sirve igual para un roto que para un descosido». Ahí específico, antes de rendir un breve homenaje a Freud, algunas de las posiciones y actitudes que puede adoptar el terapeuta en el tratamiento de la locura.

Ningún libro soluciona el cuerpo a cuerpo de la clínica. Confío, no obstante, en que éste aporte algunas claves. Y me gustaría que allanara el camino a muchos principiantes para aligerarles los sinsabores que hemos pasado otros. Kafka escribió en «El cazador Gracchus» (*La muralla china*):

La idea de querer ayudar es una enfermedad, y debe ser curada en la cama.

Esta cita se usa a veces para exhortar a desconfiar de las almas caritativas. Cualquiera que lea este libro verá que tratar con un loco y tratarle su locura tiene poco de compasión. Nietzsche decía que compadecer es despreciar, y tenía razón. Lo que aquí propongo, al contrario, es una tarea noble y respetuosa. Y puesto que trabajamos con personas, más vale que estemos bien dispuestos y tengamos cierta preparación.

José María Álvarez  
Valladolid, enero de 2020



## Epílogo

José María Álvarez es un hombre generoso en todas las facetas de su vida y, en lo que hace a su amistad y lo que ésta aporta a sus cercanos es, además, espléndido.

En cada libro nos regala, destilado, todo lo que ha ido decantando de sus múltiples, extensas y rigurosas lecturas en lo que a su pasión se refiere, a lo largo de sus años de estudio y ejercicio clínico a pie de obra en el trato con el loco y la locura.

Aquí no hay imposturas ni fuegos fatuos que pretendan deslumbrar —aunque los acabe provocando— sino que, sobre todo, despierta el deseo de saber y de estudiar, cosa que transmiten los jóvenes clínicos que con él se forman ante los cuales, pese a su juventud, una se queda maravillosamente asombrada al escuchar la defensa de un caso o una presentación teórica, mientras piensa: cuánto me hubiera gustado estar entre estos elegidos, qué suerte tienen... La pasión y el saber que transmiten es, además de mérito propio, pasión contagiada de su maestro. Es la alegría del *gay saber*. Y eso deja huella.

José María nos da trillado, masticado y pulido todo

el saber que ha ido decantando, para que la aridez de muchos textos, el batiburrillo de clasificaciones, o los callejones sin salida y los imposibles no nos pierdan por el camino y acabemos confundiendo los árboles con el bosque.

Este libro es el broche que cierra posiblemente una etapa y abre otra, en la que se prescinde de la cita, de los grandes nombres propios, y se da una vuelta de tuerca más a un estilo ya muy depurado, en el que el saber hacer se transmite con rigurosa sencillez, que no es sino un arte.

En el libro, el autor, con treinta años de experiencia clínica en el tratamiento de la psicosis, concluye y argumenta lo que considera los dos pilares claves que sostienen y permiten la psicoterapia de la psicosis: que la locura es una defensa y que su tratamiento se basa en la transferencia, esto es, en la palabra como cemento de la relación terapéutica —nada más poderoso que ella— y base de cualquier tratamiento posible.

*Principios de una psicoterapia de las psicosis*, dividido en tres partes eminentemente prácticas y con fundada base teórica, parte de esa premisa fundamental: *la locura es una defensa para sobrevivir cuando alguien se ve sobrepasado por experiencias inhumanas*, tal y como se señala en las palabras previas con las que se inaugura el libro. Tres partes: *exordio*, *diez principios de psicoterapia de las psicosis* y *las conclusiones* son como esa pieza clave que al caer consolida las filas de un *Tetris* y despeja el tablero de juego para seguir avanzando.

Es el primer libro práctico y con orientaciones clarísimas sobre lo que se juega en el trato con la locura, en la psicoterapia de las psicosis. Cosa nada, pero nada fácil, que se sustenta en un pilar fundamental que no es otro que el poder de la palabra y por ello de

la transferencia. Tanto jóvenes como no tan jóvenes, sin duda nos beneficiaremos de él.

He disfrutado de su lectura desde la primera hasta la última página y creo que, siendo un libro fundamental, no estaba escrito... Ahora ya lo está.

En relación con el resto de los libros del autor, en éste hay una novedad: está escrito a modo de conversación, como suele ser en todos sus libros, pero esta vez de manera distinta. En cada uno de sus libros previos, José María dialoga de tú a tú con los clásicos, tanto de la literatura como de la clínica y de la psicopatología y asistimos a esa extraordinaria conversación, a su tertulia.

En este libro, el lector siente que participa de manera activa en esa conversación; es un diálogo lector-escritor con referencias en la que son los grandes los que están presentes escuchándole. Eso se llama conversación con mayúsculas e implica que, bajo el forro de la aparente sencillez, hay mucho saber y mucha capacidad de transmisión. Ahí no hay impostura que valga: o se tiene o no se tiene.

No es fácil escribir esas preguntas y esas dudas que todos tenemos en el día a día, en el cuerpo a cuerpo de la clínica, que hablamos en el café o en los pasillos, con colegas en confianza... no sea que...

Es como si José María fuera el Woody Allen de lo «psi»: *Todo lo que usted quiso saber sobre la psicosis y nunca se atrevió a preguntar*, porque parecía obvio, porque le daba vergüenza hacerlo, porque pensaba que si lo preguntaba su prestigio y su saber iban a estar comprometidos y podía quedar usted en ridículo, etc., etc.

Él se atreve, se expone, lo argumenta y lo presenta. ¡Cuánto esfuerzo inútil y cuánta desorientación evita! ¡Lo que hubiera dado por tenerlo cuando empecé

en esta historia de la psiquiatría, llena de palabras grandilocuentes y clasificaciones para enloquecer!

Disponemos ahora de una buena brújula para este oficio tan a la intemperie. Merece no una ola de ovación, sino un tsunami de agradecimientos. Será como los buenos libros: un clásico, que aparece en un año redondo, un 2020.

Leánlo, verán como algo de lo que digo les resuena. Dice bien mucho de lo que ustedes piensan. Como Woody en el cine, hace de la psicoterapia una llave Allen... del alma.

Chus Gómez  
Piñor, 2 enero de 2020



# PRINCIPIOS DE UNA PSICOTERAPIA DE LA PSICOSIS

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ

En el libro, el autor, con treinta años de experiencia clínica en el tratamiento de la psicosis, concluye y argumenta lo que considera los dos pilares claves que sostienen y permiten la psicoterapia de la psicosis: que la locura es una defensa para sobrevivir cuando alguien se ve sobrepasado por experiencias inhumanas y que su tratamiento se basa en la transferencia, esto es, en la palabra como cemento de la relación terapéutica y base de cualquier tratamiento posible. Un camino de cómo hablar con los locos, qué decir y qué callar, cómo realizar una psicoterapia con estos pacientes, tan trastornados que no se sabe muy bien cómo entrarles y conversar con ellos.

La idea de este libro surge de la asunción de nuevos cometidos en el trabajo hospitalario, a lo que se añaden peticiones de residentes y compañeros ávidos de algunos principios con los que orientarse en el quehacer diario en las trincheras de la locura.

No se trata de los principios de la psicoterapia de la psicosis, sino de una psicoterapia. Una psicoterapia entre muchas, basada en una amplia experiencia con pacientes gravemente perturbados.

---

*La locura es humana, demasiado humana, pero los humanos no estamos preparados para sobrevivir a cualquier circunstancia ni situación. Y menos aún aquellos que, por distintas razones, se quedaron a medio hacer y subsisten a la intemperie, más expuestos y vulnerables.*

José María Álvarez

COLECCIÓN + OTRA

Xoroi  Edicions



9 788412 116663